

La hora del pragmatismo

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 1.03.09

El momento actual parece óptimo para que Estados Unidos y China busquen un mejor entendimiento porque la primera potencia del mundo y la ya considerada tercera se encuentran bajo los efectos de la, en mucho tiempo, más grave crisis económica mundial. Les acerca el mismo miedo. A Estados Unidos, el de entrar en un precipitado declive. A China, el de perder los años de extraordinario esfuerzo para colocarse entre los países de primer orden del mundo. China exporta a Estados Unidos y este invierte en China, que, a su vez, dispone de gran parte de la deuda norteamericana. Si la gran potencia estadounidense se hundiera, se convertiría en un gigantesco cráter que atraería a su suerte fatal a prácticamente todo el mundo. Y China resultaría gravemente perjudicada.

Hay una reciprocidad de intereses entre Estados Unidos y China. Y ninguna de las evidentes diferencias y contrariedades existentes entre ambos estados ha prevalecido contra esta realidad. Un hecho que se hace más patente cuando el mundo se enfrenta a una de las incertidumbres globales más desconcertantes, lo que se percibe con mayor sensibilidad en Washington cuando acaba de producirse un cambio político sustancial en la Casa Blanca. Y los dirigentes chinos, pragmáticos y realistas, saben bien que la ocasión hay que aprovecharla.

En este sentido debe interpretarse la reciente visita de Hillary Clinton a la capital china. Como portadora de un mensaje de aproximación, ha sido clara y explícita. En una mano llevaba la coincidencia de cuestiones que a

los dos países interesa resolver. En la otra, lo que más vale de momento dejar de lado. O sea, por una parte, colaboración para enfrentarse a los grandes retos de nuestro tiempo: crisis económica, degradación medioambiental, fuentes de energía y seguridad. Por otra parte, la falta de respeto a los derechos humanos.

Priman los temas acuciantes: hundirse o salvarse juntos. En cambio, se dejan en discreta reserva los asuntos que dividen, como el referente al Estado de derecho. Es el lenguaje que a los dirigentes de Pekín les es más grato. Como si dijeran: "Tú tienes tu sistema político, nosotros el nuestro". O "eso, eso, vayamos al grano. Lo demás, que cada cual se lo resuelva a su modo". Hillary le llama a esto "diálogo franco". Los chinos, "respeto mutuo". ¿Es esta la tónica de la nueva diplomacia estadounidense, la que los acreditados Holbrooke, Denis Ross, George Mitchell aplicarán respecto a Irán, Afganistán, Iraq, Rusia y el conflicto palestino-israelí?

¿Es la hora de ser realistas, pragmáticos, cuando las paredes del mundo tiemblan porque se va a la quiebra generalizada, al fin de la seguridad hasta por el envenenamiento medioambiental y las perspectivas catastróficas del cambio climático? Barack Obama va por ahí, veremos con qué resultado.

Es ilustrativo remitirse a bastantes años atrás. A los setenta del siglo pasado en que el presidente Nixon y Kissinger, su consejero de seguridad, luego secretario de Estado, hicieron posible lo que parecía totalmente inimaginable: el entendimiento con Mao Tse Tung que llevó a Estados Unidos a establecer relaciones diplomáticas con la China roja y hacer que ocupara, en vez de Taiwán, el asiento de miembro permanente

en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por tanto con derecho a veto como Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña y Francia.

El acontecimiento era de tal magnitud, que Chu Enlai ASTROMUJOFF dijo que conmovía al mundo. Pero Kissinger lo interpreta con ojo más frío y racional. Dice en sus Memorias que, de la noche a la mañana, cambió la estructura política internacional. Y añade unas frases de valor inigualable para ser leídas en nuestros días. Dice: "Ami juicio, una China activa en política exterior exigirá una diplomacia más sutil". Y también: "Debíamos tener en cuenta otros polos de poder y tender a un equilibrio entre ellos". Estamos ahora, todavía más que en los años setenta del siglo XX, en un cambio de la estructura política internacional. Más que entonces, con la aparición de varios polos de poder.

Frente a esta realidad, es razonable devolver a la diplomacia estadounidense los instrumentos de la sutilidad, de la flexibilidad, si se quieren conseguir nuevas formas de equilibrio más que las bruscas rupturas y repudios o marginaciones del periodo de Bush.

¿Qué mejor comienzo en este cambio de ruta que establecer puentes lo más fiables posible sobre el Pacífico, donde se traslada en nuestra época el eje político, geoestratégico y económico del mundo? Estados Unidos dispone de buenos aliados en la orilla asiática: Japón, sobre todo, y Corea del Sur. Pero no contar con la inmensidad de China, con su densidad demográfica, con su creciente potencialidad económica sería un comportamiento absurdo. Estados Unidos, para abordar con éxito los problemas que tiene planteados en el gran Oriente Medio, las incógnitas de Iraq, Afganistán, Pakistán, del mundo musulmán en general y hasta de la Rusia de Putin necesita asegurarse relaciones positivas con el gigante

chino. Hillary Clinton ha ido a Pekín para que esto quede claro. Y el presidente Hu Jintao y el primer ministro Wen Jiabao, prudentes, conscientes de lo que hay en juego, parece que no han hecho oídos sordos al mensaje. Especialmente, porque las negras perspectivas mundiales repercuten seriamente en su propia casa.